

en las que se derrama misteriosamente el corazón; ya que he visto llorar; ya que he visto sonreír tu boca junto a mi boca y tus ojos junto a mis ojos,

\* \*

Ya que he visto brillar sobre mi orgullosa frente un rayo de luz de tu destino que está siempre velado; ya que he visto caer en la corriente de mi vida una hoja de rosa, arrancada de la flor de la tuya.

\* \*

Puedo muy bien decir a los años fugaces:—«¡Pasad, pasad! que no temo envejecer; ¡pasad arrastrando con vosotros las flores marchitas, que yo conservo en el alma una flor que nada ni nadie puede marchitar!

\* \*

¡Aunque vuestras alas choquen contra él, no lograréis derramar el vaso donde apago mi sed, y que está lleno hasta los bordes; mi alma encierra más fuego que ceniza podéis derramar vosotros; el amor es más poderoso en mi corazón que en vosotros lo es el olvido».

L.º de enero de 1835.

## XXVI

A LA SEÑORITA J.

¡Cantad, cantad, joven inspirada! Es sagrada la mujer que canta, lo es aún para los perversos. Bendita la mujer que canta; su belleza defiende su genio. Los ojos hermosos realzan los hermosos versos.

\* \*

Yo, que vivo devorando mis propias iras, me complazco en ver brillar vuestra aurora exenta de tempestades, y sonrío cuando miro vuestros alegres ojos. Cantad, pues, esas melodías arrebatadoras. ¡Para mí la corona de espinas, para vos la corona de flores!

\* \*

Hubo un tiempo, tiempo de embriaguez, en el que la aurora que para vos brilla hoy, brillaba en mi esplendorosa primavera; hubo una época en que el orgullo, la alegría y el éxtasis se desbordaban de mis diez y siete años, como el vino puro rebosa de la copa de oro.

\* \*

Entonces, siempre presente dentro de mi alma, deslumbradora

quimera fijaba en mí sus irresistibles ojos; entonces, en las rientes perspectivas de verdegueantes cielos azules, de aguas diáfanas, flotaban alucinadas mis miradas.

\* \*

Entonces, yo decía a las estrellas:—«Astro mío, en vano te ocultas, porque yo sé que no dejas de brillar en las alturas». Entonces, yo decía a las riberas:—«Vosotros sois la gloria, y yo llegaré hasta ella, porque cada uno de mis días es una ola.»

\* \*

Yo le decía al bosque:—«Selva sombría, como tú, encierra mi pecho innumerables murmullos.» Yo decía al águila:—«Contempla mi frente.» Yo decía a las copas vacías:—«Estoy saturado de ideas ardientes que embriagarán a las almas.»

\* \*

Entonces desde el fondo de veinte cálices, rocío, amor, perfumes y delicias subían a despararramarse en mi sueño; tenía mis canastillos llenos de flores, y como un vivo enjambre de abejas, mis pensamientos volaban hacia el sol.

\* \*

Como la luz de la luna pálida y la roja hoguera del pastor se

reflejan en las aguas del mismo arroyo; como en los bosques humedecidos, a través del ruido de las hojas, se oye el ruido de los pajarillos.

\* \*

Mientras que todo me estaba diciendo: ¡Ama! Escuchando esto fuera de mí mismo, embriagado de incienso y de armonía, oía, a la manera de arrebatador murmullo, el canto de toda la naturaleza en el tumulto de mis sentidos.

\* \*

Y las rosas que el abril amontonaba en las noches de verano alumbra por la luna, los senderos que crujen bajo los pasos del viajero, los temibles escollos, los viejos troncos de árboles deformes que se inclinan en el borde de los caminos,

\* \*

Me hablaban ese idioma austero, idioma de la sombra y del misterio, que pregunta a todos:—«¿Qué es lo que se sabe?; que hay momentos en los que casi ahogada, confusamente canta notas para Orfeo y pronuncia palabras para Platón.»

\* \*

La tierra me decía:—¡Poeta! El

cielo me repetía:—¡Profeta! Anda, habla, enseña, bendice, in-

clina la urna de los cantos sublimes y viértela sobre los valles en las cumbres, en los aires y en los nidos.

\* \*

Pero esos tiempos pasaron: en la actualidad, aunque parezco que soy dichoso a aquellos que no me conocen, tengo el corazón muy triste; abrigo bajo mi techo un mal huésped; soy como la torre alta y espléndida que encierra una sombría atalaya.

\* \*

Cubre la obscuridad mi alma; oculto bajo aparentes prosperidades, el dolor llora en el interior de mi casa; roe un gusano mi racimo maduro, y siempre algún trueno se oye a lo lejos en mi horizonte.

\* \*

La esperanza me conduce a puertas que están cerradas. El mundo está lleno de objetos, que sólo vemos por uno de sus lados; la suerte se burla de nuestros deseos, y la vida es como la rueda de un carro que da vueltas en el polvo.

\* \*

A medida que los años, más pálidos y más tristes, van pasando sobre mí, veo que desaparecen volando mis ilusiones, como esas

abejas de vida efímera que no consiguieron elaborar miel.

\* \*

En vano trato de atizar en mí mismo el fuego tierno y ardiente del amor que arde sobre todos los tripodes, porque mi alma, inflamada, se remonta hacia el cielo convertida en humo, o cae en cenizas bajo mis pies.

\* \*

Mi estrella se ha ocultado detrás de negros nubarrones; la rosa no ha vuelto ya a abrirse en las ramas agostadas de mi existencia; en el fondo de la copa se encuentran las heces; en el fondo de los desvaríos la locura y en el fondo de la aurora la negra noche.

\* \*

Siempre alguna boca marchita, a la que compasivamente yo había alimentado, se complugo en ultrajarme; por eso pensamientos amargos y cuerdas rotas penden ahora únicamente de mi lira.

\* \*

Mi abril muere hoja por hoja; en cada rama que se desgaja, surge la espina del dolor; cada hierba cubre para mí una sierpe, y el odio sube a destruir mis obras como los machos cabríos suben a manchar con su baba los citisos en flor.

\* \*

La majestuosa naturaleza, la naturaleza que os fascina, ofende mis miradas tristes, que no resisten la luz del mediodía, que se encuentran más a su placer a la luz del alba; y la misma voz que a mí me dice que llore, es la que os dice a vos que cantéis.

\* \*

Cantad, hermosa inspirada; saludad a esa risueña aurora, que ayer a mí también me embriagó; que no permanecen para siempre sus sonrisas ni su luz, y quizás algún día se deslizará de vuestras pupilas alguna lágrima.

\* \*

Entonces os compadeceré, con toda mi alma; que cuando una mujer llora, sus lágrimas son todo amargura, sus lágrimas son sublimes, porque brotan de un abismo más profundo que las gotas de agua que sobre las peñas de la costa arroja el mar.

1.º de marzo de 1835.

## XXVII

## LA FLOR Y LA MARIPOSA

La pobre flor decía a la pintada mariposa:—¡No huyas! ¡Qué diferentes son nuestros destinos! ¡Yo me quedo y tú te vas!

\* \*

No obstante, nos amamos, vivimos sin la compañía de los hombres, lejos de ellos, y se dice que las dos somos flores

\* \*

Pero, ¡ay de mí! ¡tú vuelas por el espacio y mi destino cruel me encadena a la tierra, cuando quisiera con mi hálito embalsamar tu vuelo en el éter!...

\* \*

Te marchas, luego vuelves, después corres a lucir tus galas en otra parte; por eso cuando vienes todos los días al amanecer me encuentras llena de lágrimas.

\* \*

¡Ah! ¡Para que el amor fluya del mismo modo en nuestra vida, amor mío, arraiga en el suelo como yo, o dame alas como las tuyas!

ENVÍO A\*\*\*

Rosas y mariposas, la tumba nos junta tarde o temprano. ¿Por qué esperar hasta este momento? ¿Quieres que vivamos juntas en cualquier sitio?

\* \*

En cualquier sitio, en los aires, si en ellos se mece tu vuelo; en

los campos, si es en los campos donde tu cáliz vierte su tesoro.

\* \*

¡Donde tu quieras! Lo mismo me da que seas hálito o color, que seas mariposa brillante o corola llena de rocío, que seas ala o que seas flor.

\* \*

Vivir juntas desde luego es el bien necesario y real; después podemos elegir al azar, o la tierra o el cielo.

7 de diciembre de 1835.

## XXVIII

### EN LA ORILLA DEL MAR

¡Contempla ese espléndido espectáculo! Ese inmenso paisaje, que a nuestra vista siempre termina y vuelve siempre a empezar; esos trigos, esas aguas, esos prados, ese frondoso bosque, esa choza en cuyo interior se oyen alegres risas, el Océano próximo a la llanura, ese golfo, obra de Dios, embellecido por el hombre, que ostenta el sello de las manos del uno y del otro; ese montón de rocas que sustentan a ese otro montón de torres, esas landas, esos bosques, esas crestas destrozadas, esas grutas a flor de agua que beben las mareas, esa montaña que tiene la frente

coronada de nubes, que uno de sus pliegues encierra un verde valle, como una niña lleva flores en su regazo; esa ciudad que se columbra confusamente a través de la bruma, con sus mil techos apiñados; el rumor de innumerables pasos y del roce de un bosque de ramas, de voces y de canciones que se oye a cada momento; esas olas que se deshinchán al morir en la playa, ese pájaro que cruza veloz el firmamento; aquí una carreta; allá bajo un arado, más lejos una quilla, que ambos trazan a un tiempo su surco; esos árboles, esos mástiles; en lontananza, por detrás de las lejanas colinas, esos celajes de formas inciertas; todo eso que vemos, brumoso o transparente, flotando en las claridades, vagando en las sombras, huyendo, de pie, inclinado, hormigueando o solitario, olas, rocas, céspedes, todo eso míralo con atención; todo eso es la tierra.

\* \*

¡Contempla también este otro espléndido espectáculo! Mira sobre tu frente esa inmensa extensión llena de nubes fantásticas, de la que penden cual ropajes de púrpura; esa extensión azul, que por la noche estará cubierta de sombra infinita; ese espacio colmado de armonía eterna, ese radiante sol, que poderosamente adquiere a nuestra vista todas las formas; que algunas veces, transformando en metales las nie-

blas, hace que aparezcan en el aire espléndidas ruinas; confuso hacinamiento, montones chispeantes de labores de cobre y de bronce, cayendo unas sobre otras corazas, escudos, armaduras, caparazones de oro caprichosamente agrupados en las nubes; mira ese éter, ese Océano tan azul, sin playas y sin fondo, sin límites y sin centro, en el que está como sumergido todo lo que respira, se mueve o gravita; tiene su ola que se une a las otras que pasan a un mismo tiempo, confundándose en el infinito; el aire tibio y los vientos helados, las auroras y los crepúsculos, los vientos del invierno, el ardor de las canículas, de los incensarios, las estrellas que bordan el manto oscuro de la noche, y las brumas de gasa, adornos del alba, y la confusa estrella que casi se confunde con la nocturna obscuridad; brumas, ecos, nieblas, humos, mil cosas que no tienen nombre en ningún idioma, las ondas de la luz y las ondas del ruido, todo cuanto se ve de día, todo lo que se oye durante la noche, nubes, azur, espacio, éter, abismos, ese fluido Océano, esas regiones transparentes, llenas de fuego, de resplandores y de relámpagos, hacia las que se siente arrastrada el alma del hombre, hacia las que nosotros dos queremos huir, para vivir cerca de los pájaros y lejos de los mundos; ese conjunto inefable, inmenso y maravilloso, contéplalo bien; eso es el cielo.

\* \*

La tierra es hermosa y el cielo es magnífico; pero cuando palpita tu seno y relucen tus ojos, cuando tus graciosos pasos corren ligeros pisando la hierba, promoviendo un rumor más dulce que el de una lira;

\* \*

Cuando tu fresca sonrisa, auro-ra de tu alma, se levanta reflejándose sobre mí y regocijándome, y desde tu rosada boca, donde nace, llega hasta mi frente.

\* \*

Cuando algunas veces, aunque no te vea, tu dulce voz acaricia mi oído, al modo que el murmurio del agua que se pierde en la sombra de una playa o como el canto de un pájaro que oímos en sueños;

\* \*

Cuando mi poesía, insultada y proscripta, en su camino descansa un momento sobre tu regazo, y mi pensamiento triste encuentra abrigo en el tuyo, como una lámpara nocturna que se apoya en una mano alabastrina;

\* \*

Cuando nos encontramos uno junto al otro, los dos en el valle; cuando tu alma asomada en tus

ojos, contempla, vertiendo lágrimas, el espectáculo de alguna virtud en el mundo o de alguna estrella en el cielo;

\* \*  
\* \*

Cuando brilla bajo tus cejas, como el fuego encendido debajo de las ramas, tu hermosa mirada, empañada por acerbos dolores; cuando los infortunios pasados vienen de súbito a tu memoria, y tratando se sonreírme, rompes a llorar:

\* \*  
\* \*

Cuando mi cuerpo y mi vida vibran al impulso de tu aliento como temblorosa lira; cuando tus dedos, posándose sobre los míos estremecidos, hacen cantar en mi corazón una melodía celestial;

\* \*  
\* \*

Cuando yo te contemplo, ¡oh encanto de mi vida!; cuando tu noble naturaleza se presenta a mis miradas como la ardiente zarza que contenía a Dios, abriendo todas sus flores y lanzando todos sus esplendores,

\* \*  
\* \*

La esencia que todo eso encierra, lo que tu beldad exhala noche y día como perfume compuesto del aroma de cien rosas, es superior a la tierra y al cielo; ese perfume es el amor.

7 de octubre de 1834.

## XXIX

Toda vez que amargan nuestros días perturbaciones y calamidades sin cuento; ya que todo lo que tú pretendes ligar se desata por todas partes; ya que nuestros padres y nuestras madres se fueron ya allí donde iremos todos; ya que los niños durmieron el sueño eterno antes que nosotros; ya que la tierra, hacia la que inclinas tu frente regándola con tus lágrimas, conserva nuestras raíces y algunas de nuestras flores; ya que con la voz de los que se aman confunden sus voces aquellos que en otro tiempo se amaron; ya que hasta nuestras propias ilusiones están llenas de las obscuridades de otros días; ya que al tiempo de catar el éxtasis sentimos desbordarse el dolor; ya que la vida es como una copa que no se consigue llenar ni dejar vacía; ya que a medida que avanzamos, nos hundimos más profundamente en la obscuridad; ya que la falaz esperanza agotó los cuentos que nos refería para adormecernos; ya que cuando suena la campana del reloj nada nos promete para mañana; ya que no conocemos a nadie de los que transitan por nuestro camino... levanta tu espíritu lejos de este mundo, pon tu esperanza en más altas regiones, que tu perla no se encuentra en

estos mares, que tu camino no está en la tierra. Ya que tu noche no está estrellada, ven a mecerte en las olas del mar; tu noche es oscura como la muerte y tu vida tiene olas amargas como el Océano. La sombra y el abismo tienen un misterio que nunca los mortales penetrarán; Dios les manda que enmudezcan hasta el día en que todo se aclare. Inútilmente los ojos mortales de las infinitas olas quieren buscar el fondo; inútilmente se han empeñado en sondear la profundidad del cielo. Pide a ese mundo nocturno que le conceda la paz a tu corazón solitario; pide una gota a esa urna, pide un canto a ese concierto. Levántate a esferas superiores a aquellas en que se ciernen otras mujeres, y deja vagar tus hermosos ojos entre el cielo donde están las almas y la tierra donde se encuentran las tumbas.

Octubre de 1834.

## XXXI

Ya que el florido mayo nos invita a recorrer los prados llenos de flores, ven; no te canses de admirar la campiña, los bosques, los sitios umbríos, los rayos de la luna en las orillas de los dormidos lagos, el sendero que llega a su término y el camino que comienza para llegar a él, la brisa y la primavera y el horizonte azul. Ven, y que las miradas de las pudorosas estrellas, que veladas llegan hasta nuestro mundo; que el árbol bien oliente, que el soplo abrasador del mediodía que corre sobre los campos, y la sombra y el sol, y las olas y la verdura y la claridad de toda la naturaleza hagan que se abra en ti una doble flor, la belleza en tu rostro y el amor en tu corazón.

21 de mayo de 1835.

## XXX

### ESPERANZA EN DIOS

Espera, niño, espera en el mañana, ten esperanza siempre: tengamos fe en el porvenir. Cada vez que en el cielo brille la aurora, recibamos, que Dios la bendecirá. Nuestras culpas, pobre ángel mío, causaron nuestros sufrimientos. Tal vez si rezamos mucho tiempo arrodillados, cuando Dios bendi-

## XXXII

### A LUIS B.

El viajero a quien conocisteis, amigo mío, y que os reveló los pesares que atormentaban su co-